

Dar voz a los que no la tienen

Ignacio Solares

En pocas obras de escritores mexicanos se advierte tanto como en la de Vicente Leñero la propensión totalizadora que anida en la mejor ficción, esa voracidad con que pretendía tragarse el mundo, la historia presente y pasada, las más grotescas experiencias del circo humano, las voces más contradictorias, y transmutarlas en literatura. Ese apetito descomunal de contarlo y oírlo todo, de abrazar la vida entera en una fina narración o en un valiente testimonio periodístico, tan infrecuentes en un medio donde más bien imperan el susurro y la timidez.

Leñero incursionó con éxito en prácticamente todos los géneros, quizá con excepción de la poesía, y en todos ha sido laureado: cuento, novela, teatro, guion de cine y televisión, entrevista, crónica periodística... Fue uno de los dramaturgos más innovadores y provocativos de su generación, así como el guionista de cine más cotizado de su tiempo.

Maestro de varias generaciones de escritores de teatro y cine, por sus talleres desfilaron gran parte de los autores cuyas obras han llenado las salas de teatro y cine de nuestro país, y obtenido galardones y reconocimientos internacionales. Desde las trincheras de *Excélsior* y *Proceso*, al lado de Julio Scherer, libró batallas definitivas en pos de un periodismo libre y comprometido con la verdad y las mejores causas de la sociedad.

Vicente Leñero estudió con religiosos lasallistas, luego siguió la carrera de ingeniería civil en la UNAM y la de periodismo en la Escuela Carlos Septién García, circunstancias todas estas que habrían de marcar su vocación literaria tanto en la forma como en el fondo, tanto en los temas elegidos como en las estructuras con las que realizó sus trabajos. Leñero permaneció siempre fiel al

estudiante que fue, pero sólo desde y a partir de la vocación que lo marcó. Porque la literatura es una pasión y la pasión es excluyente.

Extraña, paradójica condición la del escritor. Su privilegio es la libertad, el derecho a verlo, oírlo, averiguarlo todo. ¿Para qué? Para alimentar al demonio interior que lo posee, que se nutre de sus actos, de sus experiencias y de sus sueños. Cuando Leñero estudiaba con los lasallistas o en las aulas de la Facultad de Ingeniería, no suponía quizá que absorbía hechos, ideas e impresiones que habría de transformar luego en su singular concepto de la literatura. Porque para él, como para cualquier otro escritor que de veras lo sea, más importante que vivir era escribir.

Así, del microcosmos de la vida familiar, Leñero extrajo obras de teatro y novelas: *La mudanza*, *La visita del ángel*, *¡Pelearán diez rounds!*, *Qué pronto se hizo tarde*, *La gota de agua*. De su trabajo en la televisión, una novela: *Estudio Q*, y una obra de teatro: *La carpa*. De su acercamiento a la historia, las obras *El juicio*, *El martirio de Morelos*, *La noche de Hernán Cortés*. De su interés por la vida religiosa, otra novela y otra puesta en escena: *Redil de ovejas* y *Pueblo rechazado*. De su experiencia periodística: *Nadie sabe nada* y la novela *Asesinato*, además de reportajes que reunió en libros como *Talacha periodística* y *Periodismo de emergencia*.

Sin embargo, a veces se olvida que Leñero empezó en un género al que después frecuentaría poco: el cuento. En 1959 publicó "La polvareda", de marcada influencia rulfiana. Dos años más tarde apareció su primera novela: *La voz adolorida*, que tiempo después reescribió con el título de *A fuerza de palabras*, y en la que abordó uno de los temas más frecuentes en su literatura: la con-



Con Ignacio Solares

fesión, lo que es decir la posibilidad de redención a partir de la palabra (dicha o escrita, en un libro o en un escenario teatral).

Con la publicación de *Los albañiles* (Premio Seix Barral, 1963) empezó en realidad su carrera literaria y abrió una nueva brecha en las letras mexicanas. Para que una gran obra de ficción lo sea, debe añadir al mundo, a la vida, algo que antes no existía, que sólo a partir de ella y gracias a ella formará parte de eso que llamamos realidad, tanto diurna como onírica. En *Los albañiles*, su autor dio carta de ciudadanía pública a personajes que carecían de voz en el mundo de la ficción, pero que además —y esto es lo más importante— se inscribieron en una temática casi inédita en nuestras letras: la novela católica, que se ha dado en llamar.

Hasta antes de Leñero, el género tenía entre nosotros y en ese tiempo autores de poco brillo —Alfonso Junco o Emma Godoy—, incapaces de inscribirlo en una literatura de alta calidad que le diera validez. El logro primero de Leñero, nos parece, fue ahondar en el tema del mal, con todo el desgarramiento y crudeza que conlleva, más que en las pinturas apologeticas de la novelística piadosa, a las que son tan propensos los creyentes.

En *Los albañiles*, los lectores mexicanos encontraban aquello a lo que un Graham Greene en Inglaterra o un Georges Bernanos en Francia podían apuntar en sus libros: la presencia del mal entre los hombres, un tema que sistemáticamente se ha intentado esquivar a lo largo de este siglo, enmascarándolo con los argumentos de la ciencia, de la política, de la psicología, e incluso de la metafísica. Pero el mal puede ser también una presencia real, física, biológica —que duele, que se palpa— y solamente algunos novelistas lo han logrado corporeizar en sus libros.

El lector atento de *Los albañiles* vislumbra que más allá del drama aparente, se desarrolla otro. Una especie de contrapunto oculto da extraña resonancia a los gestos

más insignificantes, a las menores palabras, a los constantes interrogatorios. Se percibe enseguida que la atmósfera está habitada por otra presencia (otra Presencia). De un intrincado planteamiento policiaco, la novela salta a convertirse en un problema teológico sobre la culpa y la búsqueda de la verdad. ¿Quién mató a don Jesús, el viejo velador borracho y epiléptico? Todos tenían razones para hacerlo. Al final del libro, el lector involucrado siente correr culebritas por la espalda: faltaba él como protagonista del libro, no necesita sino interrogarse con sinceridad a sí mismo.

Después de *Los albañiles*, *La vida que se va* me parece la novela más lograda de Leñero, aunque guardo un muy buen recuerdo de *Estudio Q*, en donde una pareja de actores de televisión se rebelaba al guion que el director-Dios quería imponerles desde lo alto de su cabina. Porque, curiosamente, los personajes de Leñero nunca están muy seguros de sus creencias y en ocasiones su fe más nos parece una pesada carga de la que quieren desprenderse que un alivio espiritual, sosegador. Baste recordar al personaje de *El garabato* que en las últimas líneas de la novela concluía que lo más probable es que Cristo no hubiera sido Dios, con todo el desencanto que ello implica para un católico.

Esa imaginación, plena y trágicamente humana, es la que inscribió por derecho propio a Vicente Leñero en un lugar preponderante de la historia de la literatura de nuestro idioma. Vicente empezó a escribir en nuestra revista desde hace siete años —98 colaboraciones— y, no hay duda, su participación le dio relevancia y una alta calidad literaria y periodística. Había quien, me decía, compraba la revista sólo para leer la columna de Leñero. La falta que nos hará a las letras “Lo que sea de cada quien” —cuyo antecedente más cercano es *Gente así*— será determinante para el futuro de la publicación. Deja un vacío imposible de llenar. Como lo deja el amigo entrañable y el maestro que siempre fue para mí.